2016: "¡No!" al pesimismo

Sergio Bitar

Presidente del Consejo Chileno de Prospectiva y Estrategia y de la Fundación por la Democracia[*].

A mitad del actual periodo presidencial, el Gobierno y los partidos debieran revisar los planes y hacer un esfuerzo en pro de políticas claras, reforzar el sentido de equipo y mejorar la gestión.

La política en grande requiere visión estratégica y liderazgo compartido: en ambos nos hemos rezagado, pero podemos afianzar los cambios, armonizar la convivencia, alentar la cooperación, ser propositivos y proponernos metas ambiciosas.

El año 2015 comenzó con éxito y finalizó con frustración. En enero el Congreso aprobó tres reformas cruciales: electoral, tributaria y educacional, transformaciones de rango histórico con gran respaldo popular. Sin embargo, diciembre terminó con problemas serios, como una baja aprobación ciudadana y una economía a paso lento.

Así, aunque el año 2016 ha comenzado en un ambiente de crisis, puede terminar mejor. Depende de cómo el Gobierno, cada institución y cada uno de nosotros encaremos los problemas.

Es imprescindible evaluar las causas y atender a que la percepción social ahora imperante es fruto de la confluencia de muchos fenómenos distintos. Para actuar es necesario diferenciarlos, pues cada uno requiere distintas políticas. No hay una medida única para resolverlos.

¿Cuáles son estos? Primero, las propias reformas y las tensiones que genera todo cambio relevante. Segundo, la cadena de casos de improbidad que estalló ya en febrero de 2015, proyectándose a políticos, empresarios, cardenales, oficiales de ejército y dirigentes del fútbol. Recordemos que, simultáneamente, se desató una trágica serie de desastres naturales (volcanes, incendios, temporales, aluviones y terremotos). Tercero, en junio comenzó un ajuste político y económico motivado por la caída sin precedentes de la popularidad del Gobierno y la ralentización de la economía, en buena parte por el fin del *súper ciclo* del precio del cobre. El balance fue severo.

Pero, también, aunque menos percibidos, ocurrieron hechos positivos: la economía se comportó mejor de lo esperado, CODELCO logró reducir costos y avanzar en sus proyectos, la agricultura reaccionó bien, se instaló una política energética eficaz, la sociedad rechazó con fuerza las irregularidades detectadas, los casos de ilegalidad han sido enfrentados con firmeza y numerosas leyes a favor de la probidad se han aprobado, nuestro país creó el mayor parque marino del planeta, se firmó el Tratado Trans Pacífico (TTP), se legisló para establecer el acuerdo de unión civil y, aunque a trastabillones, se inició la gratuidad de la educación superior... Además, Chile ganó la Copa América.

Para extraer lecciones, es preciso considerar a lo menos tres factores: los fenómenos sociales más profundos, las reformas y su ejecución, y la reacción ante hechos imprevisibles.

RECONOCER LA TRANSFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA

El año pasado la sociedad chilena continuó manifestando síntomas de "desplazamientos tectónicos". La reconfiguración de fuerzas sociales, el surgimiento de nuevos estratos profesionales, una juventud con más educación e independencia, una vida urbana fuertemente interconectada, el cambio tan veloz de valores y actitudes, ciudadanos que abrigan esperanzas de un progreso rápido —activado por tecnologías de comunicación de impredecible potencia— son, todos, factores que están acelerando la evolución política del país. A partir de estas fuerzas nuevas se han forjado movimientos que buscan reducir desigualdades, crear oportunidades más parejas, derribar barreras culturales y democratizar el poder.

Desde hace largo tiempo se aprecian síntomas de disconformidad y rebeldía ante la privatización de la vida cotidiana, relaciones humanas a ratos hostiles y distantes, acentuado individualismo y ausencia de sentido colectivo. Los estudiantes universitarios han encabezado un sorprendente proceso de cuestionamiento. Se vislumbra el surgimiento de una generación post Pinochet que rehúsa constreñirse a las restricciones de la transición y abre un nuevo horizonte. A todas luces, hay una renovación cultural en curso.

Sus demandas son distintas a las de hace diez años. Los vastos estratos que han superado la pobreza y sectores medios emergentes esperan más opciones para generar sus propios ingresos, protección del Estado contra el abuso, la incertidumbre y la inseguridad, fiscalización y sanciones efectivas, satisfacción de derechos sociales mediante una mejor oferta de bienes públicos de calidad. En 2015 hemos seguido presenciando sus consecuencias, como la tensión entre movimientos

[*] El autor es también director del programa Tendencias Mundiales y el Futuro de América Latina, Inter American Dialogue, Washington, y miembro del consejo asesor del International Institute for Democracy and electoral Assistance.

Hoy apreciamos escasa cultura de trabajo en equipo, menor disciplina y menguada gestión. Se deberá realizar un gran esfuerzo, en la segunda mitad del actual periodo gubernamental, para corregir esas falencias y mostrar resultados palpables.

sociales que presionan sobre una institucionalidad que no se ha modernizado con suficiente velocidad, se ve desbordada y pierde legitimidad. Cuando el sistema político no es capaz de adaptarse y canalizar estas transformaciones, la sociedad se expresa a través de movilizaciones que remecen a los partidos, conminándolos a cambiar si pretenden perdurar. Similares situaciones de desajuste entre partidos políticos y movimientos sociales acaecieron en 1891, 1925-30, 1971-73.

Aunque no estamos ante fenómenos nuevos, los actuales irrumpen con más intensidad desde una ciudadanía más informada y empoderada, que goza de mayor libertad y autonomía. Es una sociedad compleja, difícil de gobernar. Una importante lección es la necesidad de estar atentos a los fenómenos estructurales y buscar a tiempo su canalización institucional. Los gobiernos no lo controlan todo, pero uno deficiente puede acentuar los problemas, en tanto uno mejor puede encauzarlos y superarlos.

CORREGIR LA DÉBIL GESTIÓN

La experiencia de los dos primeros años de este periodo presidencial enseña que no basta con trazos gruesos. Los partidarios de las reformas deben mejorar la ejecución política y técnica. ¿Dónde se origina la debilidad observada?

Hay razones históricas. No podemos olvidar que la acumulación de retrasos institucionales y sociales que vivimos proviene, en buena medida, de la obcecación de sectores de derecha por mantener el *statu quo* heredado de la dictadura. Más recientemente, la interpretación que en 2013 realizó la Nueva Mayoría se tradujo en un programa de reformas contundente, destinado a redistribuir poder. El amplio resultado electoral y la mayoría conseguida en ambas Cámaras, por primera vez desde 1990, alentó expectativas de un cambio mayor. Así, Michelle Bachelet resolvió impulsar las reformas al comienzo de su mandato, cuando contaba con el mayor capital político. Fue una decisión acertada. Sin embargo, la gestión de estas reveló insuficiencias de diseño y escasa explicación a la ciudadanía. El éxito de la administración democrática hasta 2010 se debió en parte al buen diseño e implementación de las reformas. Esa cualidad se trizó con el Transantiago y desde entonces se ha debilitado. Hoy apreciamos escasa cultura de trabajo en equipo, menor disciplina y menguada gestión. Se deberá realizar un gran esfuerzo, en la segunda mitad del actual periodo gubernamental, para corregir esas falencias y mostrar resultados palpables. Y es que gobernar no es solo realizar reformas. La relevancia de estas, lejos de eximir de la necesidad de una buena implementación, exige mayor rigor aun. En democracia la ciudadanía exige resultados en plazos breves. Contar con claridad de objetivos, línea de mando clara, ejecutivos y equipos de calidad con más compromiso político ayudaría a evitar frustraciones y retomar impulso.

SABER REACCIONAR ANTE IMPREVISTOS

Gobernar bien consiste también en enfrentar con habilidad los hechos inesperados, que serán cada vez más frecuentes: la interdependencia económica global, la seguridad internacional, el cambio climático, son fenómenos en ascenso. En el 2015 el Gobierno y la institucionalidad política fueron capaces de encauzar crisis. Sin duda, fue un año excepcional por la avalancha de faltas a la probidad, que absorbieron energías necesarias para implementar mejor las reformas. Lo mismo ocurrió con la seguidilla de desastres naturales, que obligaron a emplear recursos humanos y materiales enormes. Mayor transparencia, nuevos estándares

éticos y mejor capacidad de fiscalización son metas fundamentales para el periodo 2016-17, que harán de Chile un país mejor.

ATENCIÓN A DOS ESCENARIOS POSIBLES

Según sea el manejo político, los procesos en curso pueden derivar en dos sentidos distintos: un estancamiento o un repunte.

Jugarán en contra expectativas disparadas, demandas por derechos sin asumir deberes, ánimo de queja, hostilidad y desconfianza. Jugarían a favor el éxito en las reformas de probidad y el despertar de un comportamiento que anteponga desafíos comunes al mero interés personal.

Lo importante para salir adelante es definir prioridades claras y actuar con eficiencia, recoger las demandas ciudadanas, abrir oportunidades nuevas con gradualidad y estabilidad política.

En el ámbito económico, la situación no se aliviará. Los precios del cobre, muy probablemente, seguirán bajos y el desempleo puede aumentar. Chile es el cuarto país del mundo en cuanto a su dependencia de China (después de Australia, Corea y Taiwán) y no se avizora sino un crecimiento más moderado de esa economía. Por el lado positivo, hay una gestión macroeconómica responsable. Y comienza a gestarse una coincidencia amplia a favor de un cambio de la estructura productiva de Chile, mejoramiento de la productividad y estímulo de la innovación, que puede ser la base de un acuerdo nacional de largo alcance. Este es un nuevo eje que se debe priorizar.

En el ámbito político, la competencia y conflictividad pueden agudizarse con el nuevo sistema electoral y complicarse la conformación de mayorías en el Congreso. La derecha desarticulada tomará tiempo en rearmarse en torno a un proyecto político coherente. Tal tendencia podría dificultar los entendimientos políticos. Del otro lado, es positiva la unidad de la Nueva Mayoría, que ha dado estabilidad y ha permitido aprobar las reformas. Su mantención y proyección supone mejorar la relación con la Democracia Cristiana, descuidada por el Gobierno y los demás partidos. Esta unidad es esencial para el funcionamiento gubernamental y la proyección de la coalición post 2017. Habrá que aprender a concordar en un contexto político más complejo.

ACCIONES PRIORITARIAS PARA UN REPUNTE

Las reformas serán un legado incuestionable de este Gobierno: corrigen el desequilibrio electoral, reducen la desigualdad de ingresos, priorizan la educación como bien público y derecho social, emparejan la cancha entre trabajadores y empresarios, y significan emprender una importante agenda de probidad para separar política y dinero, otorgando financiamiento público. Además, un debate ordenado para gestar una nueva Constitución sentará las bases para que la ciudadanía decida en los años siguientes, culminando un avance institucional para las próximas décadas. Pero estos dos años próximos deben asegurar la buena implementación de los cambios, conseguir mayor respaldo a ellos y evitar retrocesos. E impulsar los pendientes con más dialogo: educación superior y reforma al poder regional, entre las principales. La gestión habrá de enfocarse en la seguridad ciudadana, la salud pública (hospitales y especialistas), la Araucanía y la demanda boliviana.

Se puede abrir un escenario positivo, de progreso, si las cosas se hacen mejor. Por esta razón, a mitad de su periodo, el Gobierno y los partidos debieran revisar su plan para los dos próximos años. Aunque el escenario más probable es el de un desempeño en nivel medio bajo de aprobación y de lento crecimiento, puede producirse una gradual mejoría si se adoptan políticas claras, se informa bien, se refuerza el sentido de equipo. En 2016 se puede generar mejor disposición al diálogo para corregir falencias y otorgar máxima prioridad a la recuperación económica y la productividad, en un escenario en el que la Fiscalía y la Justicia tramitan los casos de ilegalidad y los poderes Ejecutivo y Legislativo aprueban nuevas normas. Todos los síntomas positivos pueden afianzarse si la Nueva Mayoría se mantiene cohesionada y sectores del empresariado actúan con una mirada más amplia hacia los problemas nacionales.

La conducción política y el liderazgo harán la diferencia. Reducir la incertidumbre y sincronizar expectativas con realidades son dos funciones esenciales para gobernar bien. El Gobierno debe concentrarse en dos objetivos: reajustar sus metas para cumplir sus compromisos, y crear condiciones favorables para que la coalición encare en buen pie las próximas elecciones. La Nueva Mayoría tiene, a su vez, otras dos misiones: primero, apoyar la gestión gubernamental, instando a elevar su eficiencia y, segundo, mirar más allá de 2017, delineando las tareas de un próximo mandato. Desde ya debe iniciar una reflexión amplia, con la ciudadanía, reconocer y corregir errores y diseñar nuevos programas para proyectarse a futuro.

URGE UNA VISIÓN LARGA Y UNA ESTRATEGIA COMPARTIDA

Las generaciones jóvenes son un gran capital del Chile futuro, aportan ideas y energías innovadoras. Piensan de otro modo, con libertad para imaginar, sin temor, pero a ratos desconocen la historia reciente o subestiman las lecciones del pasado.

Los partidarios de los cambios también deben tener presente que la cultura política nacional valora el orden y que una ciudadanía, muchas veces silenciosa, se puede inclinar a posturas conservadoras, cuando la incertidumbre y la desazón dominan el estado de ánimo. Si la frustración de muchos y la percepción de estancamiento se atribuyen a las reformas, la reacción de muchos será contra estas.

Lo importante para salir adelante es definir prioridades claras y actuar con eficiencia, recoger las demandas ciudadanas, abrir nuevos horizontes con gradualidad y estabilidad política.

Es esencial, desde ya, trabajar con más ahínco por una visión compartida, el proyecto Chile 2030. La nueva Constitución

es parte de ese proceso de convergencia. Luego, dar gobernabilidad con coaliciones políticas mayoritarias, que eleven su preparación y vocación pública. Y acrecentar la capacidad de gobernar, creando instancias de coordinación y articulación más avanzadas que las actuales, claramente insuficientes. Es indispensable formar un centro estratégico de Gobierno que apoye a la Presidencia. La Secretaría General de la Presidencia y el llamado "segundo piso" revelan evidentes y frecuentes fallas.

Y la economía deberá atraer las energías políticas. Debemos concordar cómo impulsar un cambio de la estructura productiva y tecnológica, haciéndola más diversificada y menos dependiente del cobre. Una gestión macroeconómica equilibrada es una condición necesaria, pero no basta. Esta es una de nuestras debilidades estratégicas, que comprometerá el desarrollo futuro. La derecha cree que el mercado resuelve solo, la izquierda prioriza lo social. Ambas concepciones han subestimado la trascendencia de un nuevo desarrollo productivo y tecnológico, social y ambientalmente sustentable. Hay que priorizar la investigación científica y tecnológica, apoyar la innovación, colocar énfasis en biotecnología, digitalización, agua y energía renovable, educación técnica y formación de trabajadores, repensar la industrialización, la agricultura , los servicios, la generación de más valor agregado y las alianzas público privadas. Y apuntar a un Estado con mayor capacidad de conducción estratégica. Chile firmó en 2015 los Objetivos de Desarrollo Sustentable 2016-30, en las Naciones Unidas, junto a las demás naciones, que constituyen un paso sin precedentes para la gobernanza global. Es una gran responsabilidad instalar ahora una conducción que convoque a cada región del país a elaborar una visión de largo alcance. En Chile es más fácil hacerlo que en otros países: no hay conflictos religiosos, lingüísticos ni regionales. Poseemos recursos naturales y humanos. Contamos con instituciones democráticas que funcionan y prima la unidad nacional. América Latina es una región de paz.

Debemos concordar cómo impulsar un cambio de la estructura productiva y tecnológica, haciéndola más diversificada y menos dependiente del cobre. Una gestión macroeconómica equilibrada es una condición necesaria, pero no basta.

La política en grande requiere visión estratégica y liderazgo compartido. En ambos nos hemos rezagado. Podemos afianzar los cambios, armonizar la convivencia, alentar la cooperación, ser propositivos y proponernos metas ambiciosas. Para ello es esencial escapar de la resignación, rechazar la mediocridad.

Cambiar el rumbo exige cambiar de actitud, con nuevo ánimo y la convicción de que es posible construir un mundo mejor. **MSJ**